

EL MITO DEL ENAMORAMIENTO DEMENTE

Jesús Ernesto Macías Gil

Estudiante de 6° semestre de la Licenciatura en Filosofía, UAA

A fuerza de hablar de amor, uno llega a enamorarse.

Nada tan fácil. Nada tan fácil.

Ésta es la pasión más natural del hombre.

Blaise Pascal

Existe un mito rondando por ahí desde hace rato. Me gusta llamarlo “el mito del enamoramiento demente”. Desde hace unos cinco siglos, quizá antes en la obra de algún ilustre desconocido, se habla de la naturaleza volátil y poco ordenada de la emoción mejor pagada del cine y la televisión, la de estar enamorado. Shakespeare retrató con gran atino la condición humana en sus obras, claro que algo como el enamoramiento no podía quedar fuera de tal retrato. Pero hablar del amor en Shakespeare no es lo que atañe aquí, sólo pensemos en una de sus obras, una menos gastada que *Romeo y Julieta*, pensemos en *El sueño de una noche de verano* y, díganme, ¿cuántas locuras cometieron los enamorados Lisandro y Hermia? Muchas. Si usted no las conoce le sugiero que no me crea y vaya a verificarlo, así mata dos pájaros de un tiro, me desmiente y además gana puntos por si busca una candidatura política.

Otro ejemplo, el buen Goethe, padre de la idea de la química del enamoramiento, nos muestra también un cuadro donde un aparentemente cuerdo Werther, enamorado de la esposa de su mejor amigo, toma un camino un poco demente. Hasta para el intelectualoide que se la pasa citando filósofos que no ha leído, hay material de convencimiento. Ortega y Gasset pasó a ser conocido por el público común al decir que el enamoramiento era un estado de “imbecilidad transitoria”. No me sorprende que de leer esas cosas y otras más la gente compre el paquete completo en oferta especial de que el enamoramiento es una forma de locura. Ahora bien, yo me pregunto, ¿será cierto eso? Hace un par de años psicólogos del King’s College llegaron a la conclusión de que el enamoramiento, más específicamente el amor, tenía todas las particularidades de una enfermedad mental. Se llegó a esto dado el descubrimiento de que el efecto físico del enamoramiento en el cerebro provoca estados similares al de algunos padecimientos mentales: aletargamiento, entorpecimiento del habla, cierto grado de estrés, entre otros. Soy un fiel seguidor de los avances científicos, sobre todo tratándose de neurociencias, pero en esta ocasión, debo poner peros.

Primer pero: el estudio del King’s College, si bien estaba ciertamente enfocado en el fenómeno amoroso, nunca pretendió demostrar la similitud de éste con las enfermedades mentales, sino más bien dar una buena explicación de sus causas. Segundo pero: por tanto, los encabezados de varios artículos como “mal de amor”, “la enfermedad de cupido”, entre otros, no fueron más que malos



Mito, Naxheli Martínez Salas.

usos de cosas adyacentes al tema.¹ Tercer pero: el estudio del King's College no ha llegado, que yo sepa, a ser traducido ni presentado oficialmente; lo más cercano que existe a esa información es el excelente libro de Federico Ortiz Quezada *Amor y desamor*, donde se explica con lujo de detalle la relación del amor, el enamoramiento y el desamor con ciertos estados físicos. ¿A dónde quiero llegar con esto? A que hay poco menos de una pizca de buenas razones para comprar el paquete de que el enamoramiento provoca locura o es, en su defecto, similar a ésta. Pienso, por ejemplo, en un caso concreto, que si bien no ha sido documentado en esa literatura recreativa y novelesca de la que sacamos todo nuestro conocimiento sobre el enamoramiento, sí es un caso en el que puedo, si se desea, demostrar que es verdad. El ejemplo en el que pienso es el de una persona enamorada, sin nada especial, como cualquier otra, clase media, mala pinta, poca facha, nula galanura, pero sí mucha envidia y prestancia, una persona típica.

Nuestro personaje es, pues, una persona real, concreta, que por azares del destino conoce, gracias a la providencia o a la estabilidad económica, que parecen ser lo mismo, a otra persona, digamos que de distinto género, que la enamora fuertemente. Bien, este sujeto rompe con el mito del enamoramiento demente, pues es incluso más sensato que antes de estar enamorado, ¿las causas de eso?, quién sabe, una serie de cosas neurofísicoquímicas puede hacerlo más rápido de pensamiento y más chato de mollera. Pero el caso es que nuestro galán es más precavido, mira a ambos lados antes de cruzar una calle, no come al hablar, no corre con el piso mojado, no se columpia en una banca hasta caer de espaldas; para acabar pronto, es, y acepto réplicas, un hombre más sensato.

Claro, esto no tiene ningún valor científico, pero piénselo por dos segundos, le ha pasado, claro, si es que se ha enamorado. El enamoramiento me parece más un proceso lógico que algo loco. Miro a lo lejos y percibo un ente tal con bellos atributos, los cuales son independientes entre sí, son verdaderos, y me llevan a la conclusión necesaria, estoy enamorado.

¿Por qué creo que el enamoramiento es más parecido a la lógica que a la locura? Simple, estoy enamorado, mi caso es aquel en el que mi estado me mantiene en una sola pieza, pero juzgue usted que ha leído, ¿he dicho cosas de locos? No lo creo, aunque hay locos que no saben que lo están y creen estar diciendo cosas sensatas.

1 Existen, de hecho, tanto el mal de amor como la enfermedad de cupido. El primero se refiere a un problema cardíaco que provoca la muerte súbita. El segundo, a una rara forma de neurosífilis la cual se documentó en una mujer de avanzada edad que perdió sus inhibiciones por el deterioro neuronal provocado por la enfermedad.